

HISTORIA ECONÓMICA Y ECONOMÍA¹

Robert M. Solow

*Departamento de Economía
Massachusetts Institute of Technology*

En el fondo de mi mente tengo una imagen del tipo de disciplina que debería ser la economía. Si la economía fuera practicada de esta manera no habría nada problemático en lo que respecta a su relación recíproca con la historia económica. Sin embargo, para bien o para mal, la economía ha transitado por un camino diferente, no por el que yo tenía en mente. Una consecuencia es que la teoría económica no aprende nada de la historia económica, y que la historia económica es tanto corrompida como enriquecida por la teoría económica. Precisamos una aproximación diferente. La función del economista en esta aproximación sigue siendo la de construir modelos y contrastarlos lo mejor que uno pueda, pero lo más probable es que los modelos sean parciales en cuanto al alcance y limitados respecto a la aplicabilidad. Uno tendrá que aceptar que la validez de un modelo económico quizás dependa del entorno social. En este contexto hay una división del trabajo clara y productiva entre el economista y el historiador de la economía. El economista se encarga de construir y contrastar modelos del mundo económico tal como es ahora, o como pensamos que es. El historiador económico puede preguntar si esta o aquella historia es convincente cuando se aplica a épocas anteriores u otros lugares, y, si no es así, por qué no. Así, el historiador económico puede utilizar las herramientas proporcionadas por el economista pero, además, necesitará la capacidad de imaginar como podrían haber sido las cosas antes de que llegaran a ser lo que son ahora. A cambio, la historia económica puede ofrecerle al economista un sentido de la variedad y flexibilidad de los sistemas sociales y así, en particular, un intento de comprender un poco mejor la interacción del comportamiento económico y otras instituciones sociales.

Palabras clave: Robert M. Solow, historia económica, economía, teoría económica, papel de la historia en la formación del economista.

(1) © American Economic Association (<http://www.aeaweb.org>). La versión original de este artículo, titulada "Economic History and Economics", se publicó en *The American Economic Review* (vol. 75, n° 2, mayo de 1985, pp. 328-331; Papers and Proceedings de la 97 Reunión Anual de la American Economic Association, mesa "Economic History: a necessary though not sufficient condition for an economist" relatores: Albert Fishlow (University of California-Berkeley), Donald N. McCloskey (University of Iowa) y Gavin Wright (Stanford University). La presente traducción se publica en *Revista Asturiana de Economía* con el consentimiento del autor y la autorización de la American Economic Association. La traducción ha sido realizada por Mario Piñera.

En el fondo de mi mente tengo una imagen del tipo de disciplina que debería ser la economía -o al menos del tipo de disciplina que yo desearía que fuera. Si la economía fuera practicada de esa manera no habría nada problemático en lo que respecta a su relación recíproca con la historia económica. Estaría muy claro lo que la teoría económica le ofrece a la historia económica y lo que la historia económica le ofrece a la teoría económica. Posteriormente, trataré de mostrar lo que quiero decir.

Sin embargo, para bien o para mal, la economía ha transitado por un camino diferente, no por el que yo tenía en mente. Una consecuencia, no la más importante, pero sí la que importa para este debate, es que la teoría económica no aprende nada de la historia económica, y que la historia económica es tanto corrompida como enriquecida por la teoría económica. Abordaré también este punto posteriormente.

Observarán ustedes que estoy utilizando un lenguaje fuerte. Estoy dispuesto a admitir inmediatamente que puedo estar muy equivocado en mis valoraciones. En todo caso, no sirve de nada el ser suave. La brusquedad puede llevar a un debate interesante. Después de todo, nadie recordaría a la Vieja Escuela Histórica Alemana si no fuera por la famosa *Methodenstreit* (disputa del método). En realidad, nadie la recuerda de todos modos (debe de haber una lección en ello).

Por ir directamente al tema que nos ocupa, sospecho que los intentos de construir la economía como una ciencia dura basada en axiomas están condenados al fracaso. Hay muchas razones que coinciden parcialmente para creer esto; pero en la medida en que no es ese el tema que se debate hoy, no tengo que exponerlas de una forma ordenada. Confío en que el batiburrillo que viene a continuación transmitirá lo que quiero decir.

Una economía moderna es un sistema muy complicado. En la medida en que no podemos llevar a cabo experimentos controlados sobre sus partes más pequeñas, o incluso observarlas aisladamente, los mecanismos clásicos de las ciencias duras para discriminar entre las hipótesis que compiten están vedados para nosotros. El principal mecanismo alternativo es el análisis estadístico de series temporales históricas. Ahora bien, en ese caso surge otra dificultad. Las hipótesis que compiten son en sí mismas complejas y sutiles. Sabemos antes de empezar que todas ellas, o como mínimo muchas de ellas, son capaces de concordar aproximadamente con los datos. Por ello, con el fin de realizar distinciones más refinadas, precisamos series temporales *largas* observadas bajo condiciones *estacionarias*.

Sin embargo, desafortunadamente, la economía es una ciencia social. Está sometida a la ley de Damon Runyon de nada entre los seres humanos es más que tres contra uno. Dicho más formalmente, gran parte de lo que observamos no puede ser tratado como la realización de un proceso estocástico estacionario sin forzar la credulidad. Además, toda la actividad económica definida en un sentido muy restringido está incrustada en una red de instituciones sociales, costumbres, creencias y actitudes. Las consecuencias concretas están indudablemente afectadas por estos factores de fondo, algunos de los cuales cambian lentamente y gradualmen-

te, otros erráticamente. En la medida en que las series temporales sean lo suficientemente largas como para permitirnos discriminar entre hipótesis complejas, la probabilidad de que permanezcan estacionarias se reduce y, consecuentemente, el nivel del ruido se eleva. Bajo estas circunstancias, un poco de habilidad y perseverancia puede llevarle a casi cualquier resultado que desee. Creo que ésta es la razón por la que tan pocos economistas han sido alguna vez obligados por los hechos a abandonar una creencia firmemente establecida. En efecto, sabido es que algunos de los elegidos por la diosa Fortuna redactan los resultados de artículos empíricos sin haberse sentido ni por un momento obligados a informar de un resultado que contradiga sus prejuicios previos.

Si estoy más o menos en lo cierto respecto a este punto, el interés de la economía científica estaría mejor atendido mediante una aproximación más modesta. Tenemos bastante trabajo sin pretender un grado de completitud y precisión que no podemos dar. En mi opinión, las funciones genuinas de la economía analítica se describen mejor informalmente: organizar nuestra necesariamente incompleta percepción sobre la economía, ver conexiones que el ojo no instruido dejaría pasar, contar historias causales verosímiles –a veces incluso convincentes– con la ayuda de unos pocos principios fundamentales, y realizar valoraciones cuantitativas aproximadas sobre las consecuencias de la política económica y otros acontecimientos exógenos. Desde esta perspectiva, lo más probable es que el producto final del análisis económico sea una colección de modelos supeditados a las circunstancias de la sociedad –al contexto histórico, se podría decir– y no un modelo monolítico único para todas las estaciones.

Espero que nadie de los que están aquí piense que esta moderada visión de la naturaleza de la economía analítica es una licencia para las ideas poco precisas. El rigor lógico es tan importante en esta aproximación como en el enfoque científico más consciente. Lo mismo se puede decir respecto al refinamiento y la profundidad econométrica, tal vez incluso más. Antes he hablado de valoraciones cuantitativas “aproximadas”, pero eso fue solo para indicar que lo mejor que se puede obtener, al menos en la macroeconomía, no es probable que sea preciso, si somos honrados con nosotros mismos y los demás. Un principio que sería útil es el de que los economistas deberían creerse realmente las aseveraciones empíricas que hacen. Eso requeriría más disciplina de la que la mayor parte de nosotros mostramos ahora, cuando muchos trabajos empíricos parecen ser ejercicios de virtuosismo para los dedos más que cualquier otra cosa. El razonamiento que trato de plantear se relaciona con el ámbito y las aspiraciones de la construcción del modelo económico, no con los estándares intelectuales y técnicos de la construcción del mismo.

Señalé anteriormente que la relación natural entre la economía y la historia económica sería clara y sencilla si simplemente la economía se ejerciese de la forma que acabo de bosquejar. Ahora, debería explicar lo que quería decir. Si los economistas se impusieran a sí mismos la tarea de modelar circunstancias sociales contingentes concretas, con alguna sensibilidad para el contexto, me parece que proporcionarían exactamente la ayuda interpretativa que precisa un historiador económico. Ese tipo

de modelo se puede aplicar directamente a la hora de organizar una narración histórica, tanto más en la medida en que el economista sea consciente del hecho de que contextos sociales diferentes pueden exigir hipótesis de fondo distintas y consecuentemente modelos diferentes.

La otra dirección de la influencia, lo que la historia económica ofrece a este tipo de teoría económica, es más interesante. Si la elección adecuada del modelo depende del contexto institucional -y debería- entonces la historia económica realiza la agradable función de ampliar el campo de observación disponible para el teórico. La teoría económica solo puede ganar cuando se le enseña algo sobre el abanico de posibilidades existentes en las sociedades humanas. Pocas cosas deberían ser más interesantes para un teórico de la economía refinado que la oportunidad de observar la interacción entre las instituciones sociales y el comportamiento económico a través del tiempo y el espacio.

Voy a ilustrarlo refiriéndome a la obra de W. H. B. Court, no solamente porque su libro *The Rise of the Midland Industries* estaba en la lista de lecturas de A. P. Usher cuando cursé su asignatura a finales de la década de 1940. La razón por la que elijo a Court es que me he encontrado con un artículo necrológico sobre él en los *Proceedings* de la British Academy de 1982 (dado que Court murió en 1971, parece que esto es obra del destino).

He aquí, por ejemplo, un pasaje del volumen de Court sobre el *Carbón* en la historia oficial del Reino Unido de la II Guerra Mundial:

Los observadores que encontraron que el comportamiento de los mineros era desconcertante supusieron que, en condiciones normales, un hombre que se encuentre frente a la posibilidad de mayores ganancias estará dispuesto a realizar el esfuerzo extra requerido para obtenerlas. Sin embargo, una hipótesis sobre el comportamiento de un individuo es, generalmente, también una hipótesis de algún tipo sobre la sociedad en la que vive y de la que forma parte. En general, las demandas de ingresos por parte de los individuos, sus ideas acerca de la obtención y el gasto del dinero son moldeadas por la parte de la sociedad con la que tienen más relación. Para la mayoría de los hombres el código social, sea cual sea en su tiempo y lugar, es algo que aceptan como dado y asumen con pocas objeciones o preguntas. Antes de que uno pueda suponer que existía demanda de ingresos adicionales en las minas y podría traducirse fácilmente en trabajo extra, uno tiene que preguntarse si la comunidad minera tenía dichos estándares o dichas costumbres. Si no los tenía, y fue incapaz de desarrollarlos en poco tiempo, un aumento rápido de las tasas salariales podría llevar incluso a un cambio no apreciable en los hábitos de trabajo del sector.

En sus propios escritos metodológicos, Court señaló explícitamente que los hombres "viviendo como lo hacen en diferentes sociedades... toman sus decisiones de acuerdo con diferentes sistemas de valores y de acuerdo con las costumbres y estructuras de la sociedad en la que viven". Por lo tanto, un historiador económico debería ser un "observador y re-creador de los códigos, lealtades y organizaciones que crean los hombres

los cuales son tan reales para ellos como sus condiciones físicas". Añada a esto el dominio de los mínimos cuadrados en dos etapas y tendrá el tipo de historiador económico del que los teóricos tienen mucho que aprender, si simplemente quieren intentarlo. De manera natural, he dado con este pasaje sobre el mercado de trabajo porque ésa es la rama de la teoría en la que da la casualidad de que estoy ocupado ahora mismo, pero no tengo duda de que esta idea se aplicaría igual de bien a los gastos del consumidor o a la rivalidad entre empresas. Tengo que prometerme a mí mismo que, antes de que dé nuevamente la lección sobre las negociaciones salariales, les pediré a mis estudiantes que lean los capítulos sobre "la negociación salarial" y "El concepto del mínimo" de la obra de Court *British Economic History, 1870-1914: Commentary and Documents*. Me pregunto qué pensarán.

Dejemos ya lo normativo. Si lee las mismas revistas que yo, puede haber notado que la economía moderna tiene una ambición y un estilo bastante diferente de aquél por el que he estado abogando. Mi impresión es que los mejores y más brillantes de la profesión actúan como si la economía fuera la física de la sociedad. Hay un único modelo válido universalmente del mundo y lo único que hay que hacer es aplicarlo. Podría dejar caer un economista moderno desde una máquina del tiempo –un helicóptero, tal vez, como el que lanza el dinero– en cualquier momento, en cualquier lugar, junto con su ordenador personal; él o ella podrían ponerse a trabajar sin incluso molestarse en preguntar por la época y el lugar. En unos minutos el economista al día habrá maximizado una integral de aspecto conocido sobre el valor actual, realizado una poco conocida aproximación log-lineal, y ejecutado la conocida regresión obligatoria. Los conocidos coeficientes estarán mal determinados, pero en torno a uno de cada veinte de ellos serán significativos al nivel del 5 por ciento, y no es necesario publicar los otros diecinueve. Con una selección un poco acertada aquí y allá, se llegará a que los datos concordarán escasamente con la hipótesis de su director de tesis respecto a que el dinero es neutral (o no neutral, elija lo que desee) en todas las partes y siempre, modele una asimetría respecto a la información, cualquier asimetría vieja, no se preocupe, ya pensará en una.

De acuerdo, exagero, pero reconocerá la pizca de verdad. Se nos socializa en la creencia de que hay un modelo verdadero y que puede ser descubierto o impuesto si simplemente se plantean las hipótesis apropiadas y se consideran válidos los resultados econométricos que claramente carecen de potencia.

Por supuesto, hay quienes se resisten a esta rutina, benditos sean.

Cuando reviso lo que se está haciendo en historia económica, siento la desazón de que gran parte de ello se parece exactamente al tipo de análisis económico que acabo de caricaturizar: las mismas integrales, las mismas regresiones, la misma sustitución del pensamiento por las ratios t . Con independencia de todo lo demás, ya no es divertido leer estas historias. En vez de ofrecerle al teórico de la economía una gama ampliada de ideas, este tipo de historia económica le devuelve al teórico el mismo brebaje rutinario que el economista le da al historiador. ¿Por qué debería cre-

erme, cuando se aplica a pocos datos del siglo XVIII, algo que no es convincente cuando se hace con más que suficientes datos del siglo XX?

La situación me recuerda un relato que oí una vez a una antropóloga que había pasado algunos meses grabando los mitos y leyendas de un grupo de Apaches en Nuevo México. Una noche, justo antes de que, de acuerdo con lo previsto, terminara su trabajo y se marchara, los indios le dijeron: Hemos estado contándole nuestras leyendas durante todos estos meses -¿por qué no nos cuenta una de las tuyas? La antropóloga pensó durante unos segundos y respondió con brillantez, contándoles una versión del poema de Beowulf. Trascurridos algunos años, ojeó una copia de una revista de antropología y encontró en el índice un artículo titulado "Sobre la aparición de una leyenda tipo Beowulf entre tales Apaches". Si la historia económica devuelve algo que podría ser descrito como "La aparición de una leyenda tipo generaciones solapadas entre los napolitanos del siglo XVII", habremos llegado al punto en el que la economía no tiene nada que aprender de la historia económica, salvo los males hábitos que le enseñó a esta última.

Permítanme recapitular. Si el proyecto de convertir a la Economía en una ciencia dura pudiera realizarse, seguro que merecería la pena hacerlo. Sin duda, algunos de nosotros deberíamos seguir intentándolo. Si efectivamente diera resultado, la única diferencia entre la economía y la historia económica sería la correspondiente a la fuente de los datos, no habría más diferencias de las que hay entre el estudio de los acontecimientos astronómicos que están ocurriendo ahora y los que ocurrieron en la Edad Media. En este contexto, un historiador económico es meramente un economista al que no le preocupa mucho el polvo o -lo que es más raro en estos días- con un conocimiento básico de una lengua extranjera.

No obstante, hay algunas razones para ser pesimistas respecto a este objetivo. Las ciencias duras que se ocupan de sistemas complejos -pero posiblemente menos complejos que la economía de los Estados Unidos- tales como el átomo de hidrógeno o el nervio óptico da la impresión de que tienen éxito porque pueden aislar, pueden experimentar, y pueden obtener observaciones repetidas bajo condiciones controladas. Otras ciencias, tales como la astronomía, tienen éxito porque pueden contar con series largas de observaciones bajo condiciones naturales pero esencialmente estacionarias, y porque las fuerzas que se estudian no están anegadas por el ruido. Ninguno de estos caminos al éxito está abierto para los economistas.

En ese caso, precisamos una aproximación diferente. La función del economista en esta aproximación sigue siendo la de construir modelos y contrastarlos lo mejor que uno pueda, pero lo más probable es que los modelos sean parciales en cuanto al alcance y limitados respecto a la aplicabilidad. El "contraste" tendrá que ser menos mecánico y más oportunista, incluyendo una más amplia colección de técnicas. Uno tendrá que aceptar que la validez de un modelo económico quizás dependa del contexto social. Lo que es válido hoy puede que no lo sea mañana, o, si no mañana, en diez o veinte años. En este contexto hay una división del trabajo clara y productiva entre el economista y el historiador de la econo-

mía. El economista se encarga de construir y contrastar modelos del mundo económico tal como es ahora, o como pensamos que es. El historiador económico puede preguntar si esta o aquella historia es convincente cuando se aplica a épocas anteriores u otros lugares, y, si no es así, por qué no. Así, el historiador económico puede utilizar las herramientas proporcionadas por el economista pero, además, necesitará la capacidad de imaginar cómo podrían haber sido las cosas antes de que llegaran a ser lo que son ahora. Éstas son las sensibilidades a las que se refería Court en el pasaje citado más arriba. Opino, quizás ingenuamente, que ellas representan la ventaja comparativa del historiador.

A cambio, la historia económica puede ofrecerle al economista un sentido de la variedad y flexibilidad de los sistemas sociales y así, en particular, un intento de comprender un poco mejor la interacción del comportamiento económico y otras instituciones sociales. Se me ocurre que ésta es una división del trabajo coherente. Se indicó una vez –por mi tipo de economista– que la división del trabajo está limitada por el tamaño del mercado. Quizás se pueda ver lo que acabo de escribir como marketing.

ABSTRACT

I have in the back of my mind a picture of the sort of discipline economics ought to be. If economics were practiced in that way there would be nothing problematical about its reciprocal relationship with economic history. For better or worse, however, economics has gone down a different path, not the one I have in mind. One consequence is that economic theory learns nothing from economic history, and economic history is as much corrupted as enriched by economic theory. We need a different approach. The function of the economist in this approach is still to make models and test them as best one can, but the models are more likely to be partial in scope and limited in applicability. One will have to recognize that the validity of an economic model may depend on the social context. In this dispensation there is a clear and productive division of labor between the economist and the economic historian. The economist is concerned with making and testing models of the economic world as it now is, or as we think it is. The economic historian can ask whether this or that story rings true when applied in earlier times or other places, and, if not, why not. So the economic historian can use the tools provided by the economist but will need, in addition, the ability to imagine how things might have been before they became as they now are. In return, economic history can offer the economist a sense of the variety and flexibility of social arrangements and thus, in particular, a shot at understanding a little better the interaction of economic behavior and other social institutions.

Key words: Robert M. Solow, Economic History, Economics, Economic Theory, role of history in the education of economists.

